

La educación empieza en la cuna

Ratifica Rafaela Rodríguez, una maestra octogenaria, cuyo quehacer ha dejado huellas en casi todas las ramas de la vida en Sancti Spíritus

Delia Proenza Barzaga

Fue una vicisitud llegar a maestra. Nacida en la finca Marroquín, en las afueras de la ciudad cabecera de provincia, Rafaela Elena Rodríguez Felipe pudo asistir a la escuela solo cuando tenía 15 años. Pero la espoleaba una necesidad doble: aprender y enseñar; jugaba, por ello, a ser la preceptora de los niños del barrio, incluidos sus hermanos, y no perdía la oportunidad de escudriñar los libros de quienes iban al colegio.

En la escuela pública No. 4 María Gramatges, donde hoy radica la Casa de las Promociones Musicales, se presentó su padre para gestionarle estudios ya en la adolescencia, y tras vencer la prueba de nivelación fue directo al sexto grado, donde ganó el primer expediente. Pero antes ya había aprendido los secretos de Corte y Costura, que le permitieron ayudar económicamente en la casa.

“Cuando terminé la Primaria Superior, que sería ahora la Secundaria, me otorgaron la única beca del municipio para la escuela Normal de Maestros en Villa Clara. Era 1958, el último año de la tiranía, y se aplazó el comienzo de los estudios”, rememora, ya cubierta de canas, en su casa de la calle Garaita, donde reside desde 1974.

Atrás quedaba la epopeya de la que fue protagonista, en la propia zona rural donde residía, y que con 20 años

le marcó definitivamente. “La Campaña de Alfabetización ha sido para mí la obra más linda de la Revolución. Aquello fue una locura tremendamente hermosa, que adolescentes y niños fueran de una provincia a otra a enseñar a leer y escribir a los que no sabían. Como mi sueño era aprender quería que todo el mundo pudiera alcanzarlo”.

Su estreno fue la enseñanza primaria, que terminó por robarle el corazón. A ella le dedicó 15 años de su vida, no solo en la ciudad, sino también en pueblos y montes. En la lista, Galleguito, Bijabo —en Zaza del Medio—, El Jíbaro, Bacuino.

“Dígale luego, de parte mía, que se acuerde que yo fui la que le enseñé a, e, i, o, u”, envía, risueña, un mensaje al colega Enrique Ojito, a quien adentró en los primeros conocimientos en ese caserío próximo a La Sierpe, el último donde enseñó antes de que la presa Zaza, que nació entonces, sepultara con sus aguas no solo su centro laboral, sino también su casa, en las proximidades de la fábrica Nestlé.

“Nos trasladaron a Sancti Spíritus y permanecimos albergados en el hotel Colonial por dos años y medio; a mis padres les tocó irse a vivir en San Carlos. Ya yo tenía a tres de mis hijos y allí nació el cuarto. Luego de una licencia me vinculé a la escuela Antonio Guiterras, de la calle La Gloria, y al mudarme para esta casa empecé en la Serafín Sánchez, una escuela maravillosa, con sexto grado y el área de las Ciencias”, reseña.

Razones familiares la obligaron a cambiar de enseñanza. Fue entonces que la Educación de Adultos le abrió sus puertas y, tras graduarse como profesora de Secundaria Básica, se adentró en la superación de trabajadores de los más disímiles sectores de la sociedad.

“En Adultos trabajé en muchísimos lugares, impartiendo los cursos de superación o nivelación”, expone, entre tímida y orgullosa. “Hay quien no

le da valor a la Educación de Adultos, pero tiene mucho”, articula, solemne. La única enseñanza que no trabajó fue la Especial, que respeta en demasía.

Su inspiración han sido su familia, la Revolución —“porque fue la que me permitió hacer todo para que sirviera de ejemplo a mis hijos”—, y Fidel, ya que “sin él no se hubiera podido lograr nada de lo alcanzado hasta aquí”. A los hijos siempre les pidió que no lo traicionaran, “porque él era un ejemplo tan grande y una persona tan pura que no merecía ser traicionado”.

¿Su mayor satisfacción?

“Ver el resultado de mi trabajo, el fruto de aquello por lo que luché; ver a mis alumnos que después fueron técnicos, médicos, maestros, abogados, de la rama de ustedes y de la Comunicación en general; o que se superaron y avanzaron gracias a eso ya en la adultez”.

¿Su mayor derrota?

“Mi mayor derrota es no poder seguir luchando en ese frente. Esta sordera ya no me permite oír casi nada y así no se puede”.

¿Aún le resulta provechoso el magisterio?

“Siempre. Eso es algo para toda la vida, porque lo que bien se aprende no se olvida. Como dijo José de la Luz y Caballero, la educación empieza en la cuna y no termina sino con la tumba”.

¿Qué opina de los destinos de Cuba?

“No creo que Cuba fracase jamás, sino que crecerá toda la vida; pienso que los jóvenes, de quienes decimos cosas negativas a veces, van a estar permanentemente en el frente de la batalla. Soy optimista respecto a eso”.

¿Cómo se define Rafaela?

“Me considero una persona valiente, creo que he sido capaz de luchar contra muchas cosas, en etapas muy difíciles. Desde ese punto de vista soy también luchadora. Y soy humana; aunque suene feo decirlo, jamás mi puerta se ha cerrado para nadie”.

Siguió trabajando en las noches luego de jubilarse en 1996, decisión que adoptó solo debido a una necesidad familiar. Luego se incorporó al Instituto Politécnico de Informática Armando de La Rosa, donde impartió Lógica Matemática, una asignatura que los demás evadían.

Fueron los muchachos de la Orden 18, en El Cacahual, y los llamados Boina Rojas, en la Carretera de Zaza, los últimos en tenerla frente al aula allá por el 2014. Ahora la ocupan los cinco nietos, la lectura y los deseos de continuar siendo útil a quien la necesite.

Guarda con celo numerosas medallas que le fueron conferidas, entre ellas la Rafael María de Mendive y la Distinción por la Educación Cubana. También una diminuta, la que quiere más, porque fue el premio a sus años como educadora ejemplar.

Atesora también montones de historias, como una de cuando, en los esfuerzos por secarlas para el siguiente día, se le quemaron las únicas medias con las que iba al colegio. “Traté de esconderlo, pero las maestras se dieron cuenta y me regalaron otras nuevas; yo tenía 16 años”.

Una vez relatada esta anécdota, antes de obsequiarnos un café que ella misma insiste en preparar y degustamos entre fotografías viejas, reflexiona sobre algo que tiene, a su juicio, importancia mayor: “Yo viví el capitalismo, ¿entiende? Por eso no quiero que vuelva”.



Hasta el momento el *Aedes vittatus* transmite las mismas enfermedades que el *aegypti* y se combate de igual forma. /Foto: Internet

Aedes vittatus irrumpe en el Yayabo

En los años 70 del siglo pasado apareció por España, luego colonizó Centroamérica y el Caribe. A Cuba entró en el 2020 por la región oriental

Xiomara Alsina Martínez

Ni las restricciones de movilidad por la pandemia, ni el cierre de las fronteras impidieron que el mosquito *vittatus*, de la familia *Aedes*, llegara, hace alrededor de un año, al extremo oriental de Cuba. Mucho menos se pudo detener su marcha, pues ya se encuentra alojado en territorio espirituario.

Así lo confirmó a Escambray Jesús Ortiz Barón, biólogo del Laboratorio de Entomología Médica del Centro Provincial de Vectores de Sancti Spíritus, quien destacó que desde los primeros reportes en el territorio se emitió una alerta para monitorear su comportamiento y posible proliferación en la isla.

Según los expertos, el *Aedes vittatus* se une al *Aedes albopictus* y al *aegypti* porque transmite las mismas enfermedades, aunque los serotipos que han estado circulando últimamente no demuestran la aparición de nuevas variantes del dengue ocasionadas por el recién llegado.

Ortiz Barón explicó que hay presencia del *Aedes vittatus* en Jatibonico, Sancti Spíritus y la zona de La Trincherá, lo que evidencia que el mosquito viajó desde el oriente y avanzó hacia el centro del país. Pero, ¿cómo lo logra, si su radio de acción abarca solo unos 300 metros? Pues en cualquier medio, ya sea un ómnibus, un tren o simplemente en recipientes o bultos donde existan condiciones idóneas para sobrevivir.

“Existen reportes del *vittatus* en Camagüey y Ciego de Ávila —aclara Ortiz Barón—, más bien por los sitios cercanos a la Carretera Central. Ahora orientamos al personal que labora en función de la vigilancia que deben aumentar la pesquisa y la captura de mosquitos adultos volando, lo que nos permitiría estudiarlo mejor y determinar los niveles de afectación en los lugares donde se encuentre”.

Acota el biólogo que Instituto Nacional Carlos J. Finlay realizó estudios con el *Aedes albopictus* que indican una transmisión de las mismas enfermedades que el *aegypti*, aunque en el caso del *vittatus* existe una complejidad, y es que, a diferencia de los anteriores, este habita en las zonas periféricas, según confirman los hallazgos en las márgenes de los ríos y en tallos de matas de plátano que fueron cortadas; o sea, es más campestre.

El mosquito *vittatus* encontrado en territorio espirituario fue descubierto en España, en la década de 1970, después colonizó Centroamérica, el Caribe y está en Asia y África. “Como mosquito al fin, anatómicamente es igual a los demás *Aedes* —aclara Ortiz Barón—, pero la diferencia morfológica está en sus coloraciones, con escamas pitinosas plateadas, similares a manchitas blancas y en la parte dorsal del tórax, entre la cabeza y el abdomen, tiene cuatro círculos en paralelos, muy bien definidos en ambos lados”.

Por tanto, hasta que los expertos no concluyan el estudio, la actividad de vigilancia está encaminada a definir dónde se encuentra, aunque los tratamientos para combatirlo son los mismos que los empleados en otros tipos de vectores: la prevención, el focal y la fumigación, pero la conducta que debe seguir por la población es determinante para no tener que convivir con el *vittatus* en el hogar.



Rafaela nunca dejó de superarse y venció la licenciatura después de cumplir los 50 años. Foto: Vicente Brito